

MARINA SANMARTÍN

DESDE  
EL OJO  
DEL  
HURACÁN

Una historia íntima  
de las librerías



*Ariel*

Marina Sanmartín

# Desde el ojo del huracán

Una historia íntima de las librerías

*Ariel*

Primera edición: abril de 2023

© 2023, Marina Sanmartín Pla

Los derechos de esta obra han sido cedidos mediante acuerdo  
con International Editors' Co, agencia literaria.

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3618-3

Depósito legal: B. 5.340-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque  
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este  
libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa  
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de  
la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**  
y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



# Índice

## PRIMERA PARTE

### PREPARATIVOS PARA UN VIAJE EN EL TIEMPO

- |  |    |
|--|----|
| 1. Partir . . . . .  | 15 |
| 2. Norte, sur, este y oeste (I): conceptos básicos . . . . . | 27 |

## SEGUNDA PARTE

### a. G. (ANTES DE GUTENBERG):

#### MI PROPIA PREHISTORIA

- |                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| 3. Los primeros recuerdos . . . . .   | 39 |
| 4. El mercado de las ideas . . . . .  | 61 |
| 5. La memoria del mundo . . . . .     | 71 |
| 6. Mi propio descubrimiento . . . . . | 85 |

## TERCERA PARTE

### d. G. (DESPUÉS DE GUTENBERG):

#### YO, LIBRERA

- |  |     |
|--|-----|
| 7. Norte, sur, este y oeste (II): tipos de librerías . . . . . | 95  |
| 8. Gutenberg y el <i>Big Bang</i> . . . . .                    | 109 |

9. Sobre Shakespeare y Cervantes o, lo que es lo mismo, sobre el amor y la locura . . . . .	115
10. <i>Las amistades peligrosas</i> . . . . .	127
11. Siglo xx: la euforia, la guerra y la amenaza del gigante invisible . . . . .	141

CUARTA PARTE  
PANDEMIA

12. La conquista de la red . . . . .	157
13. Norte, sur, este y oeste (III): el ciclo del libro .	163
14. Norte, sur, este y oeste (IV): aprender a ser librero . . . . .	169
15. El lector, al final de todo . . . . .	173
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	177
<i>Línea histórica</i> . . . . .	181
<i>Bibliografía</i> . . . . .	191
<i>Filmografía</i> . . . . .	197
<i>No solo un índice onomástico</i> . . . . .	199

# 1

## Partir

¿Cómo se empieza a contar una historia que todavía no ha terminado? O mejor: ¿cuál es el sentido de una narración infinita? ¿Hacia dónde se dirige? O mejor todavía: ¿no es una historia para siempre inconclusa el lugar al que pertenecemos, un relato del que solo nos está permitido comprender una parte, aquella en la que participamos, la única y brevísima sobre la que tenemos el privilegio de decidir?

El 14 de marzo de 2020, 48 horas después de que la alerta sanitaria nos obligara a cerrar la librería y de que el temor por su supervivencia se instalara en los estómagos de todo el equipo como una larva, era sábado y, al llegar a mi minúscula buhardilla en el barrio de las Letras de Madrid, me formulé todas estas preguntas. A las 00.00 del día 15, el mundo iba a sumergirse en un confinamiento severo, amenazado por la covid-19. La noticia se había difundido por todos los medios y redes un par de días antes, confirmando una alarma silenciosa que llevaba ya meses extendiéndose por el mundo lentamente, como un

magma denso y torpe pero implacable: nos enfrentábamos a un escenario de pandemia para el que el sistema, con sus endeble recursos, no estaba preparado. Recuerdo que era sábado —ya lo he dicho— y un sol frío me acompañó en mi recorrido desde la casa de mi amiga la editora y exlibrera Cristina Franco,\* en Malasaña, al barrio de las Letras. Esa misma mañana, muy temprano, tras despedirme de mi familia me había subido a un AVE en Valencia para regresar a Madrid y comer con Cristina pimientos rellenos antes de recluirme definitivamente. El vagón estaba vacío y el silencio del tren parecía de alambre, imantado por una tensión metálica y amarga, por el miedo. Sin embargo, el sol era el mismo de todas las mañanas de marzo y, ajeno por completo al peligro, se colaba por la ventanilla y dibujaba pequeñas motas de luz en el asiento sin ocupar que estaba junto al mío. Pensé y anoté en mi cuaderno: «El sol brilla también allí donde los seres vivos han desaparecido».

Pero esta no es una historia sobre la pandemia (aunque, quizás, a su manera, también lo sea un poco); esta es una historia sobre librerías, libros, librerías y libreros, y también, por encima de todo, sobre la gente que, en el siglo XXI, elige de entre todas las opciones de ocio y enriquecimiento espiritual posibles ya no solo leer, sino, además, dedicar parte

\* La trayectoria profesional de los nombres que en el texto aparezcan señalados con un asterisco, así como la relación que nos une, se desarrolla con más detalle en el índice onomástico.

de su tiempo a sumergirse en los espacios reales e imaginarios de las librerías independientes, de las librerías de barrio como la nuestra.

¿Cómo se empieza a contar una historia? ¿Cómo se empieza a contar *esta* historia?

Es al llegar a semejante encrucijada cuando me vino a la cabeza Michael Ende, y su recuerdo me despertó una sonrisa: él me habría entendido muy bien. No se sorprendería ante mi duda e intuía que quienes hayáis leído *La historia interminable* tampoco lo haréis, porque Michael conocía el secreto, la magia que, como una corriente eléctrica, recorre la percepción y el sueño de todos los que amamos los libros. Michael sabía mejor que nadie que no existe el concepto de *historia única*, porque todo relato, todo camino recorrido por el héroe es la suma de una miríada de retales de otros héroes y otros caminos, de la misma manera en que nuestras vidas son la parte y el todo, el relato secundario y el protagonista. Leer bien es aceptar que no existe ninguna certeza y, aun así, aventurarse en un sinfín de viajes emocionantes; y a eso era a lo que, detenida en el punto de fuga en el que repentinamente se había convertido aquel 14 de marzo, comprendí que había dedicado yo la mayor parte de mi vida: a leer y escribir historias, y a conversar con los demás sobre las que ellos habían leído y habían inventado otros, las que estaban atrapadas en las novelas, los ensayos y los álbumes infantiles que ofrecíamos en la librería.



Paremos un momento: ahora me doy cuenta de que la menciono con ligereza dando por supuesto que habéis estado allí. Y puede ser que no. Así que os la describiré un poco, para que os trasladéis conmigo a uno de los rincones que más quiero y, sin duda, en el que más tiempo paso, nuestra preciosa librería sita en la calle donde una vez estuvo el legendario Palentino y sobrevive el bar Dos Passos, el mismo rincón de Malasaña, epicentro de la Movida, en el que se encontraba el hostel donde se hospedaba, hace ya más de veinte años, cuando llegué a Madrid, uno de los primeros chicos a los que besé.

Dejad que os hable de 185 metros cuadrados que para mí son un mundo entero, dividido en un pequeño altillo y una oficina en la que tenemos un camastro para dormir la siesta; un sótano con cuatro misteriosas cavas, cuyo propósito original hemos sido incapaces de descifrar y que utilizamos para las exposiciones y la segunda mano; y una planta principal de techos altísimos, de los que Ale\* decidió colgar, con la ayuda de Chris,\* dos lámparas de papel que recuerdan a las páginas de los libros. Se trata de un lugar mágico, ubicado en un edificio que terminó de construirse en 1862, y cuenta con un gran escaparate a la calle en el que la arquitecta Ana Cubas, la primera Noche de los Libros que la librería fue nuestra, dibujó un conjunto de gráficos y siluetas con el lema «El libro como medida de todas las cosas». Las ilustraciones son tan curiosas que las hemos mantenido. Reflejan las distancias calculadas

en «Quijotes»: <sup>1</sup> lo que mide la calle, lo que medimos nosotros, Alessandra, Christopher, Raquel,\* María\* y yo; los «Quijotes» que nos separan de nuestras librerías favoritas del mundo y los «Quijotes» que, en vertical, igualan la altura de algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Quien se detiene asombrado ante el trabajo de Ana, minuciosamente detallado con rotulador blanco sobre el cristal, por lo general termina entrando en la tienda para felicitarnos por la iniciativa y, al hacerlo, descubre las tres mesas de novedades y las altas estanterías de madera clara, cuajadas de libros, tras las que se esconden las paredes del local: novela, relato, teatro, cómic y literatura ilustrada, poesía, humanidades y lecturas infantiles; alrededor de 10.000 ejemplares y 8.000 títulos —cantidades que coinciden con las que la estadística asigna a una librería de tamaño medio—, sobre los que se construye nuestro valioso universo..., aunque no debería escribir «nuestro», porque toda librería es un ser vivo y somos nosotros quienes le pertenecemos, quienes la habitamos durante ese lapso de tiempo fugaz en el que mantenerla con vida se convierte en nuestra misión más importante.

Las librerías independientes son una especie en peligro de extinción y quizás esta sea también la his-

1. La edición escogida por Ana para sus cálculos fue la del *Quijote* adaptado por Andrés Trapiello: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha. Puesto en castellano actual íntegro y fielmente por Andrés Trapiello*, Barcelona, Destino, 2015.

toria del largo viaje hasta el instante en que nos dimos cuenta de que debíamos protegerlas.

Aquí es donde me gustaría escribir que Cervantes y compañía fue idea nuestra, que nosotros elegimos su nombre, pero no os estaría contando la verdad; una prueba más de su mágica autonomía. Fue Óscar García Tobías quien en 2012 la inauguró en un local minúsculo y rectangular de Malasaña, en el que, cuando se celebraba una presentación con un autor o autora popular, la gente se agolpaba de pie para escuchar —que no ver, porque casi nunca se llegaba lo bastante pronto como para ocupar los puestos de la primera fila— el panegírico sobre el libro de turno, y arañar luego unos minutos de charla y un ejemplar firmado.

La primera vez que yo pisé aquel espacio fue en 2013, una tarde que, si no lo era, al menos parecía de invierno, no recuerdo el mes. Ya había oscurecido y fue Raquel, que entonces se encargaba de la prensa de Sexto Piso,<sup>2</sup> quien me llevó. Acudimos a la presentación de *Los años asesinos*, una novela negra del periodista Javier Ors, y llegamos tarde. La librería estaba

2. Junto con las editoriales Impedimenta, Libros del Asteroide, Nórdica y Periférica, Sexto Piso integra el Grupo Contexto, desde el que los sellos mencionados aúnan fuerzas para poner en marcha interesantes iniciativas dentro del sector. En 2008, Contexto recibió el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural.

repleta y los asistentes al evento se reconocían unos a otros intercambiando miradas esquivas, experimentando el placer por definición narcisista de pertenecer, aunque solo fuera por un par de horas, al mundo de quienes hacían los libros, escribían sobre ellos y los vendían. Madrid estaba vivo, su sangre circulaba sin tregua por las estrechas callejuelas de Malasaña y yo, junto a mi amiga, a salvo en aquel lugar dedicado a la literatura, que ya era lo que más amaba, formaba parte de él.

No conocí a Javier aquella tarde, ni tampoco a Óscar, eso ocurriría algunos años después, pero sí estreché lazos con el fundador de Impedimenta, Enrique Redel, al que Raquel y yo identificamos, terminado el evento, a la deriva como nosotras en medio de la compacta multitud. Raquel y Enrique tenían en común la pertenencia de sus editoriales al Grupo Contexto y yo admiraba secretamente a Enrique desde mi época de librera primeriza en el departamento de libros de la Gran Superficie de Callao, por haber conseguido que *Soy un gato* encadenara una edición tras otra; un tema recurrente en mis conversaciones con él, todavía hoy, que no faltó en las cervezas que compartimos al abandonar el jaleo de la presentación y buscar refugio en el bar de enfrente: ¿cómo se despierta el deseo de leer, el ansia de poseer un libro? ¿Cómo se convierte un clásico en *best seller*?

Mientras divagábamos sobre lo divino y lo humano, desde la barra observé a quienes fumaban y se despedían con efusividad en la entrada de aquella

primera versión en miniatura de Cervantes y compañía, e inevitablemente pensé en su musa: la parisina Shakespeare and Company, fundada en 1919 por la estadounidense Sylvia Beach.

En aquellos días no había dinero para compartir libros. Yo los sacaba en préstamo de la biblioteca circulante de Shakespeare and Company, que era la biblioteca y la librería de Sylvia Beach, en el número 12 de la rue de l'Odéon. En una calle fría y batida por el viento, aquel era un lugar cálido y alegre con una gran estufa en invierno, mesas y estantes con libros, novedades literarias en el escaparate y en la pared fotografías de escritores famosos vivos y muertos [...]. Sylvia [...] era agradable, alegre y se interesaba por todo, y le encantaba hacer bromas y cotillear. Ninguno de mis conocidos fue nunca tan amable conmigo.

Así empezaba el cuarto capítulo de *París era una fiesta*, la novela que Ernest Hemingway escribió a principios de los años sesenta recordando su juventud en Europa y el clima efervescente del periodo de entreguerras. Por Shakespeare and Company habían pasado Gertrude Stein, Scott Fitzgerald, Ezra Pound... Allí se había fraguado la publicación del *Ulises* de Joyce y, sin duda, como hilos invisibles de una tela de araña, allí debieron de mantenerse millares de conversaciones sin rumbo, banales, y, sin embargo, todas ellas adoquines del gran edificio en eter-

na construcción que es la cultura, entre las paredes forradas de palabras de una pequeña librería.

Fue en 2006 cuando yo leí *París era una fiesta*. Tenía veintiocho años y Diego Barriuso me la recomendó. Diego y yo nos conocimos en el departamento de libros de la Gran Superficie de Callao. Ninguno de los dos había trabajado antes en algo parecido, no habíamos imaginado mientras estudiábamos Periodismo en la universidad que nuestro destino haría un alto decisivo en la librería de unos grandes almacenes, pero, con el resto del equipo y liderados por Mercedes Castro,\* que nos eligió a todos mediante un proceso de selección que aún hoy es para mí un enigma, formamos un curioso grupo en el que muy pronto germinaron vínculos indestructibles.

La Gran Superficie se ajusta, valga la redundancia, a la definición de lo que hoy llamamos una «gran superficie». Para muchos libreros independientes, junto con las macroplataformas de comercio digital tipo Amazon, las grandes superficies son el enemigo. Para mí, aquella en la que trabajé y la gente que conocí allí y se quedó en mi vida para siempre son la razón de que me haya dedicado al mundo del libro.

Aunque será mejor que no vayamos tan deprisa. Si algo me sobra aquella tarde del 14 de marzo de 2020, cuando regresé a la buhardilla con el estómago

inmerso en la difícilísima digestión de los pimientos, una bolsa de plástico con provisiones de uno de los pocos colmados chinos que quedaban abiertos —no tuve más remedio que comprar crema de verduras enlatada, porque las estanterías habían sido arrasadas por gente más previsora que yo— y la incertidumbre sobre cuándo volvería a ver a Cris —adelanto ya que no tardamos tanto—, era un montón de tiempo y algo de miedo. Por eso me hice un café con leche y me puse a pensar.

Es en situaciones como esta cuando el pasado se convierte en un lugar seguro, porque el futuro se muestra del todo impredecible. Me asustaba imaginar lo que podía ocurrir con la librería. Sin embargo, adentrarme en el vasto y conocido terreno de los recuerdos me resultaba comfortable. Casi podía tocarlos: del plácido ajetreo de Malasaña a las horas eternas de mi adolescencia ordenando la caótica biblioteca de mi padre, siempre en construcción; y, entre una y otra imagen, un amplio abanico de estancias con los libros como único factor común. La Gran Superficie, TopBooks, las librerías Bertrand; la oficina de Sílex, Silonia y Tres Hermanas, primero en la calle Alcalá y más tarde en la calle San Gregorio; mis artículos sobre novelas policiacas para el *ABC Cultural*, y mis propias novelas, las que había escrito yo. Si eliminaba de mi trayectoria la ficción, mi vida se quedaba vacía.

Quizás todo había empezado con el descubrimiento de *La historia interminable*, me dije permitien-

do que se colara en mi discurso mental la niña que fui, adicta desde muy pronto a la lectura y fascinada con los fragmentos rojos y verdes del relato de Ende; la misma niña que unos años más tarde, convertida ya en adolescente, rescató de uno de los armarios de la casa familiar una vieja edición de *Sobre héroes y tumbas* y, azuzada por la dedicatoria manuscrita de la primera página —«Para Rafa de Ana. Por toda la melancolía»—, se enfrentó a la obra maestra de Sabato más interesada en rastrear la identidad de su padre que en el descenso a los infiernos de Alejandra y Martín, los protagonistas; la misma que devoró *El peso de la paja* alternando el despertar sexual de Terenci Moix con paseos por la playa de Alcocebre comentando lo leído con su madre y su tía... O tal vez no, tal vez debía buscar el principio mucho más tarde, en la rebeldía de la mujer de veinte años que, decidida a quedarse en Madrid, leía a escondidas *El mar, el mar*, el relato de un amor perdido a medio camino entre la sátira y la elegía, de Iris Murdoch, en una sórdida oficina de la calle San Bernardo donde le pagaban una miseria por traducir anuncios por palabras al catalán para la sección de contactos de una cadena de periódicos. Porque sí, esa también era yo, una mujer joven y perdida a la que los libros rescataron mediante una mezcla perfecta de pasión y azar.

Fue entonces, al repasar mi odisea particular, que para mí significaba tanto —qué menos que asistir con asombro al relato de nuestra propia biografía—, cuando se me iluminó en la cabeza, como un neón,



la siguiente pregunta: ¿y quiénes fueron antes? ¿Qué hombres y mujeres como yo, en otros lugares y otras épocas, habían convertido los libros en su vida entera y habían asociado el concepto de «hogar» al de una librería? Porque nadie es del todo extraordinario y, en cierto modo, esa es la única manera de que existamos para siempre. Tanto lo que ya ha ocurrido como lo que está por venir se encuentran habitados por un ejército de *alter egos* que no resulta demasiado difícil rastrear, y yo tenía de pronto un montón de horas por delante para hacerlo.

Así fue como decidí viajar en el tiempo y recorrer en paralelo, como si se tratara de dos círculos concéntricos, de una pantalla grande y un agujero diminuto en la pared, la historia de las librerías a través de sus protagonistas frente a mi modesta trayectoria y la de los profesionales del libro que me había ido encontrando en el camino, casi todos amigos, un periplo que se ajustaba a la deriva de la profesión no solo durante la irrupción definitiva del mundo digital en el sector editorial, sino también, y sobre todo, durante y después de la pandemia.

Estas son las razones por las que empecé a escribir. Lo hice de repente, sin pensarlo demasiado: salí del puerto y me adentré con mi barco, conteniendo la respiración, en la tormenta.